

Josué Cadenas Ochoa

Josué Cadenas Ochoa nació el 17 de marzo de 2003 en Campamento, Olancho. Es agente de policía. Tiene publicado un libro: “Otra vez fallé en el amor”, inspirado en sus experiencias y las historias que me lo han marcado.

Comentario

Eso que llamamos amor es un ciclo. Comienza y termina. En cada comienzo pensamos que durará para siempre, sentimos que tenemos algo eterno entre las manos. La experiencia nos dice que no, pero nos aferramos con terca persistencia a la ilusión de compartir nuestra existencia con una persona. Ansiamos una eternidad en una vida que es un instante en el universo. El final nos toma siempre por sorpresa, aunque hayamos contribuido a construirlo bloque por bloque. Uno de estos ciclos se relata en el libro “Otra vez fallé en el amor”, de Josué Cadenas Ochoa, una especie de crónica de una derrota amorosa, una de las tantas que siempre tendremos. Para esta antología hemos seleccionado dos fragmentos, “Inicio de la esperanza” y “El vacío después del adiós”, principio y fin.

Inicio de la esperanza

Al principio, todo parecía sencillo. Como si el destino finalmente hubiera decidido recompensarme con lo que siempre había querido: un amor genuino, sin complicaciones, sin malentendidos. La historia de mi relación con Daniela comenzó con una mezcla de emociones y sensaciones que jamás imaginé que pudiera experimentar. Cada mirada, cada conversación, cada risa compartida era una confirmación de que todo había valido la pena. Por fin había encontrado a alguien que entendía mis silencios y mis inseguridades, y yo, por fin, podía abrirme completamente sin temor a ser rechazado.

La primera vez que nos vimos, ni siquiera estaba seguro de que sería algo más que una simple amistad. Aquel primer encuentro, en un café ruidoso de la ciudad, fue sólo el principio de lo que pensaba que sería una historia sin grandes altibajos. "Sólo un café, nada serio", me dije, tratando de no entusiasmarme demasiado. Pero algo en su mirada, una chispa de curiosidad y complicidad me hizo sentir que era diferente. Esa tarde, mientras charlábamos sobre cosas triviales y me reía por un chiste que sólo ella encontraba gracioso, algo dentro de mí se encendió. Nunca alguien me había hecho sentir tan cómodo, tan yo mismo.

No había presiones, sólo una conexión instantánea. Esa sensación de ligereza y conexión se extendió más allá de esa primera cita. Empezamos a salir con frecuencia, siempre en busca de nuevas experiencias que compartir. Cada vez que nuestros caminos se cruzaban, era como si el mundo alrededor desapareciera y sólo quedáramos nosotros, dos personas que se habían encontrado en medio del caos. Era increíble cómo en tan poco tiempo se había formado un lazo tan fuerte, casi inexplicable. Compartíamos los mismos intereses, nuestras conversaciones eran interminables y cada despedida era más difícil que la anterior. Me sentía vivo, me sentía especial. Por fin había encontrado lo que había estado buscando.

Poco después, las promesas llegaron. Promesas de estar siempre allí, de ser honestos el uno con el otro, de nunca dejar que la distancia o las circunstancias nos separaran. El amor florecía y las palabras no eran suficientes para describir lo que sentía. A veces me miraba en el espejo y pensaba que había encontrado finalmente lo que el amor debía ser: un refugio seguro, un lugar donde ya no tenía que dudar, donde la incertidumbre desaparecía.

Todo estaba bien, hasta que las pequeñas cosas comenzaron a cambiar. Al principio fueron imperceptibles, casi insignificantes. No había señales obvias de que algo pudiera ir mal. Después de todo; el amor parece eterno

Azul espejo

cuando las emociones son nuevas, cuando todo es aún un descubrimiento. Sin embargo, en mi interior, había algo que me decía que debía estar alerta. No sabía exactamente qué era, pero algo en sus palabras, en sus gestos, me hacía pensar que tal vez no todo era tan perfecto como parecía. Lo ignoré. Después de todo, ¿quién podría dudar de lo que sentía en ese momento?

Era fácil aferrarme a la idea de que todo sería siempre así, que el amor nos protegería de todo, que las promesas nunca se romperían. En ese momento no quería ver las posibles grietas. Pensaba que, por fin, había encontrado la respuesta a todas mis preguntas sobre el amor y no quería que nada, ni siquiera la más mínima preocupación, lo arruinara.

Sin embargo, sabía que no podía ignorar una verdad más profunda. Lo que comenzaba como una historia de esperanza, de promesas y sueños compartidos, era también una lección de autoconocimiento, de comprensión del amor en su forma más pura y, al mismo tiempo, más compleja. Ese inicio, lleno de posibilidades y emoción, no sabía que estaba destinado a terminar con más preguntas que respuestas. Pero, en ese momento, sólo quería disfrutar del presente, de la sensación de que, por fin, el amor era lo que siempre había imaginado.

El vacío después del adiós

El adiós, cuando llega de la forma más dolorosa, es mucho más que una simple palabra. Es un vacío, un espacio en el que se pierde todo lo que alguna vez fue familiar, todo lo que alguna vez te dio sentido. Al principio, el adiós se sintió como una liberación. Pensé que, finalmente, después de todo lo que había pasado, lo mejor sería soltar, dejar ir, cortar los lazos que me ataban a un amor que ya no existía. Pero lo que no sabía es que el vacío después del adiós sería más grande y profundo de lo que jamás imaginé.

Los días después de la despedida fueron confusos. Había momentos en los que me sentía aliviado, como si una carga hubiera sido levantada de mis hombros, y momentos en los que me sentía perdido, como si estuviera caminando por un desierto sin rumbo. El espacio que ocupaba en mi vida desapareció y con ella toda esa parte de mí que había estado definida por la relación que habíamos tenido. El vacío que dejó era tan grande que no sabía cómo llenarlo, no sabía qué hacer con todo ese espacio que, de repente, se abrió en mi vida.

La casa, que antes compartíamos, parecía vacía, aunque estaba llena de cosas. Cada rincón parecía recordar algo: una risa compartida, un abrazo, una promesa. Pero esas memorias, en lugar de consolarme, ahora sólo me

Azul espejo

sumían más en la tristeza. Las paredes, que antes resonaban con nuestras voces, ahora sólo reflejaban el eco de mi soledad. Me encontraba buscando, en los lugares más improbables, algo que me diera consuelo, algo que me hiciera sentir menos solo. Pero cada cosa que tocaba, cada objeto que veía, me recordaba lo que había perdido.

Intenté llenar el vacío de otras maneras. Salí con amigos, me refugié en mis libros, busqué distracciones que me permitieran no pensar en lo que había perdido. Pero ninguna de esas cosas funcionaba realmente. Ninguna de esas cosas llenaba el espacio que ella había dejado en mi corazón. Me di cuenta de que el vacío no era algo que pudiera simplemente rellenar con actividades o distracciones. Era algo más profundo, algo que sólo podía ser sanado con tiempo y, aunque no lo entendía en ese momento, con la aceptación de lo que había sucedido.

El dolor, aunque se atenuó con el paso de los días, nunca desapareció por completo. Había momentos en los que me despertaba en medio de la noche y sentía la necesidad de llamarla, de escuchar su voz, de saber que todo estaba bien, como si aún fuéramos la pareja feliz que alguna vez fuimos. Pero al despertar, la realidad me golpeaba con fuerza. Ya no había espacio para ella en mi vida. Ya no había espacio para nosotros. Ese "nosotros", que había sido la base de mi mundo había desaparecido, y

con ella se fueron también mis ilusiones de un futuro compartido.

Una de las partes más difíciles de este adiós fue entender que las promesas que habíamos hecho no significaban nada si no se cumplían. Durante tanto tiempo, había creído que estábamos construyendo algo juntos, que teníamos un futuro, pero ahora me encontraba solo, con las manos vacías, enfrentándome a la cruda realidad de que todo lo que pensaba que era para siempre, era solo una ilusión. Me costó comprender que, aunque el amor es una fuerza poderosa, también es frágil y, cuando se rompe, el vacío que deja es el mayor recordatorio de su fragilidad.

El proceso de dejar ir fue lento, como intentar deshacer un nudo que se había formado con el tiempo. Había momentos en los que pensaba que ya la había superado, que ya estaba listo para seguir adelante. Pero entonces, algo mínimo, como una canción que me recordaba a ella o una foto que había olvidado, hacía que el dolor volviera con fuerza. El vacío no se llenaba con recuerdos, sino con la aceptación de que la relación ya no formaba parte de mi vida. Y mientras aprendía a aceptar ese vacío, también aprendía a redescubrirme a mí mismo, a recordar quién era antes de que ella llegara a mi vida, a reconocer que, aunque el amor se fue, yo aún estaba aquí, aprendiendo a sanar.

Azul espejo

La gente me decía que el tiempo lo cura todo, pero yo sabía que eso no era del todo cierto. El tiempo ayuda, sí, pero no elimina el dolor por completo. Lo que realmente sana es la aceptación, el entender que no todo en la vida tiene que ser perfecto, que los amores no siempre tienen un final feliz. A veces, los amores simplemente terminan y todo lo que podemos hacer es aceptar ese final y aprender a vivir con ello.

El vacío, aunque profundo, comenzó a ser menos aterrador con el tiempo. De alguna manera entendí que no tenía que llenarlo de inmediato. No tenía que encontrar algo o alguien que lo reemplazara. Sólo tenía que aprender a vivir con él, con esa parte de mí que ahora era diferente, marcada por el dolor, pero también por el crecimiento. El vacío no era un enemigo. Era una parte del proceso, una señal de que algo había terminado, pero también de que algo nuevo podría comenzar, aunque no sabía cuándo.